

señores, á mis marineros, compañeros y soldados, mas ricos de fama que de oro, y á mí con algunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad, y puesto que nació tan de su voluntad como de la mía, en la libertad de Leopoldio, como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviesen todos contentos, y que les pareciese que sería difícil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me movió á decirles: Amigos míos, nadie esté triste por la perdida ocasion de alcanzar el gran tesoro que nos ofreció el Rey, porque os hago saber que una onza de buena fama vale mas que una libra de perlas, y esto no lo puede saber sino el que comienza á gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre á quien la virtud enriquece, suele llegar á ser famoso; como el rico, si es vicioso, puede venir y viene á ser infame: la liberalidad es una de las mas agradables virtudes de quien se engendra la buena fama, y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro que no lo sea; mas iba á decir, pareciéndome que me daban todos tan gratos oídos, como mostraban sus alegres semblantes, cuando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío, que no léjos del nuestro, á orza por delante de nosotros pasaba: hice tocar alarma y dile caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse á tiro de cañon, y disparando uno sin bala, en señal de que amainase, lo hizo así, soltando las velas de alto abajo. Llegando mas cerca, vi en él uno de los mas extraños espectáculos del mundo; vi que pendientes de las entenas y de las jarcias venían mas de cuarenta hombres ahorcados: admiróme el caso, y abordando con el navío, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese: hallaron la cubierta llena de sangre y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; este gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna: esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobre mesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella, guardaban el olor del vino; en fin, pisando muertos y hollando heridos, pasaron los míos adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en escuadron hasta doce hermosísimas mujeres, y delante de ellas una que mostraba ser su capitana, armada de un coselete blanco, y tan terso y limpio, que pudiera servir de espejo, á quererse mirar en él; traía puesta la gola, pero no las escarcelas ni los brazaletes, el morrion sí, que era de hechura de una enroscada sierpe, á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores; tenía un venablo en las manos, tachonado de arriba abajo con clavos de oro, con una gran cuchilla de agudo y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda, que bastó á detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atencion se pusieron á mirarla.

Yo que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor pasé á su navío, á tiempo cuando ella estaba diciendo: Bien creo, ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño escuadron de mujeres, que á la vista se os ofrece, el cual, despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno: embestid, si venis

sedientos de sangre, y derramad la nuestra quitándonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las daremos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, rey de Lituania; casóme mi tío con el gran Lampidio, tan famoso por linaje, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Ibamos los dos á ver al rey mi tío, con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia; anoche bebieron de modo, que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron á poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, dieron principio á su abominable intento; pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras, por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiento y borrachez con que nos acometian; y con algunas armas que les quitamos, y con cuatro criados que libres del humo de Baco nos acudieron, hicimos en ellos lo que muestran esos muertos que están sobre esa cubierta; y pasando adelante con nuestra venganza habemos hechos que esos árboles y esas entenas produzcan el fruto que dellas veis pendiente; cuarenta son los ahorcados, y si fueran cuarenta mil tambien murieran, porque su poca ó ninguna defensa, y nuestra cólera, á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se extendia: riquezas traigo que poder repartir, aunque mejor diria que vosotros podiais tomar; solo puedo añadir, que os las entregaré de buena gana. Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas ántes quedaréis infames que ricos.

Parecióronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero cosario, me ablandara. Uno de mis pescadores dijo á este punto: Que me mate si no se nos ofrece aquí hoy otro rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso capitán muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos. Así será, respondí yo, pues vosotros, amigos, lo quereis; y entendid, que obras tales nunca las deja el cielo sin buena paga, como á las que son malas sin castigo: despojad esos árboles de tan mal fruto, y limpiad esa cubierta, y entregad á esas señoras junto con la libertad la voluntad de servir las. Púsose en efecto mi mandamiento, y llena de admiracion y de espanto, se me humilló Sulpicia, la cual, como persona que no acertaba á saber lo que le habia sucedido, tampoco acertaba á responderme, y lo que hizo fué mandar á una de sus damas le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros: hizolo así la dama, y en un instante, como aparecidos ó llovidos del cielo, me pusieron delante cuatro cofres llenos de joyas y dineros: abríólos Sulpicia, y hizo muestras de aquel tesoro á los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá y aun sin quizá cegó en algunos la intencion que de ser liberales tenían, porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee y se tiene en las manos, á dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venían engastadas, y diciendo: Toma, capitán valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece; dádiva es de

una pobre viuda, que ayerse vió en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se ve sujeta á la discrecion destos soldados que te rodean, entre los cuales puedes repartir estos tesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondí: Dádivas de tan gran señora se han de estimar como si fuesen mercedes; y tomando el collar me volví á mis soldados, y les dije: Esta joya es ya mía, soldados y amigos míos, y así puedo disponer della, como cosa propia, cuyo precio, por ser á mí parecer inestimable, no conviene que se dé á uno solo: tómele y guárdele el que quisiere, que en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos, y quedese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo. A lo que uno respondió: Quisiéramos, ó buen capitán, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos á la tuya; vuelve el collar á Sulpicia: la fama que nos prometes, no hay collar que la cifra ni límite que la contenga.

Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia: finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los míos, que le sirviesen de guarda y de marineros, para llevar su nave á Lituania: bizose así, contentísimos los doce que escogí solo por saber que iban á hacer bien. Proveyónos Sulpicia de generosos vinos, y de muchas conservas de que careciamos: soplabá el viento próspero para el viaje de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero: despedimónos della, supo mi nombre, y el de Carino y Solercio, y dándonos á los tres sus brazos, con los ojos abrazó á todos los demas: ella llorando lágrimas de placer y tristeza nacidas, de tristeza por la muerte de su esposo, de alegría por verse libre de las manos que pensó ser de saiteadoras, nos dividimos y apartamos. Olvidaba de decirnos como volví el collar á Sulpicia, y ella le recibió á fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo á afrenta que le estimase yo en tan poco que se le volviese. Entré en consulta con los míos sobre qué derrota tomaríamos, y concluyóse que la que el viento llevase, pues por ella habian de caminar los demas navios que por el mar navegasen, ó por lo ménos si el viento no hiciese á su propósito, harian bordos hasta que les viniese á cuento. Llegó en esto la noche clara y serena, y yo llamando á un pescador marino que nos servia de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse á mirar el cielo. Apostaré, dijo á esta sazón Mauricio á Transila su hija, que se pone agora Periandro á describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho á lo que va contando el declararnos los movimientos del cielo: yo por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir desta tierra no da lugar á que me entretenga ni ocupe en saber cuáles son íijas, ó cuáles erráticas estrellas, cuanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro, para proseguir su historia en esta forma.

CAPITULO XVI.

Prosigue Periandro sus acacimientos, y cuenta un extraño sueño.

Comenzaba á tomar posesion el sueño y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba á

preguntar al que estaba conmigo muchas cosas necesarias para saber usar el arte de la marinería, cuando de improviso comenzaron á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y desde allí se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos, y puestos en pié, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y en admiracion: en esto el que estaba conmigo dijo: Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen mas abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados, que se llaman náufragos; y si esto es así, en gran peligro estamos de perdernos; menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan: en esto vi alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. Náufragos son, dijo el piloto, con balas ó sin ellas, que el ruido y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos. Traia el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pié, por no ser arrebatados de aquellos vestiglos; con todo eso se dieron priesa á disparar la artillería, y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba, para volver el agua al agua; tendimos todas las velas, y como si huýéramos de alguna gruesa armada de enemigos, huimos del sobre estant peligro, que fué el mayor en que hasta entónces nos habiamos visto. Otro dia al crepúsculo de la noche nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros, y con disinio de hacer agua en ella quisimos esperar el dia, sin apartarnos de su ribera: amainamos las velas, arrojamos las áncoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomo posesion blanda y suavemente: en fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenísima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro se nos ofrecieron á la vistaprados cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas, en el cual verdor las tenían, no cristalinas aguas como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formadas, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian.

Descubrimos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos que nos suspendieron las almas y alegraron los sentidos; de algunos pendian ramos de rubies, que parecian guindas, ó guindas que parecian granos de rubies: de otros pendian camuesas, cuyas mejillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio; en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar y cuyo color de los que se forman en el cielo, cuando el sol se traspone: en resolucion, todas las frutas de quien tenemos noticia, estaban allí en su sazón, sin que las diferencias del año las estorbasen; todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable, con extremo increíble. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que miráramos; á los ojos con la belleza y la hermosura, á los oídos con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos pajarillos, que con no aprendidas voces formado, los cuales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenían cautiva su libertad, y que no querian ni acertaban á cobrarla: al olfato, con el olor que

de si despedían las yerbas, las flores y los frutos: al gusto, con la prueba que hicimos de la suavidad dellos: al tacto, con tenerlos en las manos; con que nos parecía tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tíbar. Pésame, dijo á esta sazón Ladislao á su suegro Mauricio, que se haya muerto Clodio, que á fe que le habria dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo. Callad, señor, dijo Transila su esposa, que por mas que digais, no podréis decir que no prosigue bien su cuento Periandro: el cual, como se ha dicho, cuando algunas razones se entremetían de los circunstanes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas; que cuando son largas, aunque sean buenas, ántes enfadan que alegran. No es nada lo que hasta aquí he dicho, prosiguió Periandro, porque á lo que resta por decir, falte entendimiento que lo perciba, y aun cortesías que lo crean: volved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazón de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar: digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero un suavísimo son, que hirió nuestros oídos y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de música formado; luego salió un carro, que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota, que escapaba de alguna gran borrasca; tirábanla doce poderosísimos jímios, animales lascivos; sobre el carro venía una hermosísima dama, vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas: venía arrimada á un baston negro, y en él fija una tabla china ó escudo, donde venían estas letras, SENSUALIDAD: tras ella salieron otras muchas hermosas mujeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una música, ya alegre y ya triste, pero todas singularmente regocijadas.

Todos mis compañeros y yo estábamos atónitos, como si fuéramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse á mí la Sensualidad, y con voz entre airada y suave me dijo: Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, á lo ménos el gusto; y diciendo esto, pasó adelante, y las doncellas de la música arrebataron, que así se puede decir, siete ó ocho de mis marineros, y se los llevaron consigo y volvieron á entrarse, siguiendo á su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entónces á los míos para preguntarles qué les parecía de lo que habían visto; pero estorbó otra voz ó voces que llegaron á nuestros oídos bien diferentes que las pasadas, porque eran mas suaves y regaladas; y formábanlas un escuadron de hermosísimas, al parecer, doncellas; y según la guía que traían éranlo sin duda, porque venía delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto gastara algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura: ¿qué me pidieran á mí entónces que no diera en albricias de tan rico hallazgo? que á pedirme la vida, no la negara, si no fuera por no perder el bien tan sin pensarlo hallado. Traia mi hermana á sus dos lados dos doncellas, de las cuales la una me dijo: La Continencia y la Pudicicia, amigas y compañeras, acompañamos perpetuamente á la Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse: ni la dejarémos hasta que con dichoso fin le dé á sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma. Entónces yo á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y extraño acontecimiento por su

grandeza y por su novedad mal seguro, alcé la voz para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenia, y queriendo decir: ¡oh únicas consoladoras de mi alma, oh ricas prendas por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro cualquier tiempo! fué tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navio con todos los míos, sin que faltase alguno dellos. A lo que dijo Constanza: ¿Luego, señor Periandro, dormíades? Sí, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replico Constanza, que ya quería preguntar á mi señora Auristela adónde habia estado el tiempo que no habia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar si era verdad ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: Esas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades. A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afectos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno dellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma habia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso, dijo, prosigue, Periandro, tu cuento, sin repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos y confusos, y porque la sin par Sinforosa está esperando que llegues á decir de dónde venías la primera vez que á esta isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas, que por la eleccion de su padre cada año en ellas se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir de cuán poco fruto son las digresiones en cualquiera narracion, cuando ha de ser sucinta y no dilatada. Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar á Auristela, y el pensamiento en pensar en ella: y así para él importaba muy poco ó nada que callase ó que hablase Periandro, el cual advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática, determinó de proseguirla abreviándola, y siguiéndola en las ménos palabras que pudiese, y así dijo.

CAPITULO XVII.

Prosigue Periandro su historia.

Desperté del sueño, como he dicho, tome consejo con mis compañeros qué derrota tomaríamos, y salió decretado que por donde el viento nos llevase; que pues íbamos en busca de cosarios, los cuales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos; y habia llegado á tanto mi simpleza, que pregunté á Carino y á Solercio si habian visto á sus esposas en compañía de mi hermana Auristela, cuando yo la vi soñando. Riéronse de mi pregunta y obligáronme y aun forzáronme á que les contase mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediese cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos de mas de sesenta navios de cosarios, que por serlo verdaderos adjudicamos sus robos á nuestro navio y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado.

Sucedió pues que un porfiado viento nos saltó una noche, que sin dar lugar á que amainásemos algun tanto, ó templásemos las velas, en aquel término que las hallé las

tendió y acosó de modo que, como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota, tanto que tomando mi piloto el altura del polo, donde nos tomó el viento, y tanteando las aguas que hacíamos por hora, y los dias que habíamos navegado, hallamos ser cuatrocientas leguas poco mas ó ménos: volvió el piloto á tomar la altura, y vió que estaba debajo del Norte, en el paraje de Noruega, y con voz grande y mayor tristeza dijo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar Glacial, digo en el mar helado, y si aquí nos saltea el hielo, quedáremos empedrados en estas aguas. Apénas hubo dicho esto, cuando sentimos que el navio tocaba por los lados y por la quilla como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba á helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban, impedían el movimiento del navio: amainamos de golpe, porque topando en ellos no se abriese, y en todo aquel dia y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente y se apretaron de modo que, cogiéndonos en medio, dejaron al navio engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos y á entristecer nuestras almas, y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dimos mas dias de vida que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navio hubiese, en el cual bastimento desde aquel punto se puso tasa, y se repartió por órden tan miserable y estrechamente, que desde luego comenzó á matarnos la hambre; tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, si no fué con un bulto negro, que á nuestro parecer estaria de nosotros seis ó ocho millas; pero luego imaginamos que debia de ser algun navio á quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado: este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto, porque un miedo dilatado y un temor no vencido fatiga mas el alma que una repentina muerte: que en el acabar súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta pues que nos amenazaba tan hambrienta como larga, nos hizo tomar una resolucion, si no desesperada, temeraria por lo ménos; y fué que consideramos que si los bastimentos se nos acababan, el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana; y así determinamos de salirnos del navio y caminar por encima del hielo, y ir á ver si en el que se parecia habria alguna cosa de que aprovecharnos, ó ya de grado ó ya por fuerza: púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre sí formado con piés enjutos un escuadron pequeño, pero de valentísimos soldados, y siendo yo la guía, resbalando, cayendo y levantando, llegamos al otro navio, que lo era casi tan grande como el nuestro: habia gente en él, que puesta sobre el borde adivinando la intencion de nuestra venida, á voces comenzó uno á decirnos: ¿A qué venís, gente desesperada? ¿qué buscáis? ¿venís por ventura á apresurar nuestra muerte y á morir con nosotros? volvéos á vuestro navio, y si os faltan bastimentos, roed las jarcias y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños; si es posible, porque pensar que os hemos de dar acogida será pensamiento vano y contra los precep-

tos de la caridad, que ha de comenzar de sí mismo: dos meses dicen que suele durar este hielo que nos detiene, para quince dias tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros, á vuestra consideracion lo dejo. A lo que yo le respondí: En los apretados peligros toda razon se atropella; no hay respeto que valga, ni buen término que se guarde; acogednos en vuestro navio de grado, y juntarémos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente, ántes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar de la fuerza.

Esto le respondí yo, creyendo no decían verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos viendo superiores y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruegos, ántes arremetieron á las armas, y se pusieron en órden de defenderse: los nuestros, á quien la desesperacion, de valientes hizo valentísimos, añadiendo á la temeridad nuevos bríos, arremetieron al navio, y casi sin recibir herida, le entraron y le ganaron, y alzóse una voz entre nosotros, que á todos les quitásemos la vida, por ahorrar de bocas y de estómagos, por donde se fuese el bastimento que en el navio hallásemos. Yo fuí de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno en esto nos ocurrió el cielo, como despues diré, aunque primero quiero deciros, que este navio era el de los cosarios que habian robado á mi hermana y á las dos recién desposadas pescadoras. Apénas le hubo reconocido, cuando dije á voces: ¿Adónde teneis, ladrones, nuestras almas? Adónde están las vidas que nos robasteis? ¿Qué habeis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Selviana y Leoncia, partes mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino y Solercio? A lo que uno me respondió: Esas mujeres pescadoras, que decís, las vendió nuestro capitan, que ya es muerto, á Arnaldo, príncipe de Dinamarca. Así es la verdad, dijo á esta sazón Arnaldo, que yo compré á Auristela y á Cloelia su ama y á otras dos hermosísimas doncellas, de unos piratas que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian. ¡Válame Dios, dijo Rutilio en esto, y por qué rodeos y con qué eslabones se viene á engazar la peregrina historia tuya, ó Periandro! Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servite, añadió Sinforosa, que abrevies tu cuento, ó historiador tan verdadero como gustoso. Si haré, respondió Periandro, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan encerrarse.

CAPITULO XVIII.

Traicion de Policarpo por consejo de Cenotia. Quitarle á él el reino sus vasallos, y á ella la vida. Salen de la isla los huéspedes, y van á parar á la isla de las Ermitas.

Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estar atento para escucharle, ni le daba lugar á pensar maduramente lo que debia hacer para quedarse con Auristela, sin perjuicio de la opinion que tenia de generoso y de verdadero: ponderaba la calidad de sus huéspedes, entre los cuales se le ponía delante Arnaldo, príncipe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia; descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brio algun gran personaje, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora; quisiera buenamente lograr sus deseos á pié llano, sin rodeos ni invenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer

contrario con el velo del matrimonio, que puesto que su mucha edad no lo permitía, todavía podía disimularlo, porque en cualquier tiempo es mejor casarse que abrasearse; acuciaba y solicitaba sus pensamientos con los que solicitaban y aquejaban á la embaidora Cenotia, con la cual se concertó que ántes de dar otra audiencia á Periandro, se pusiese en efecto su disinio, que fué que de allí á dos noches tocasen una arma fingida en la ciudad, y se pegase fuego al palacio por tres ó cuatro partes, de modo que obligase á los que en él asistian á ponerse en cobro, donde era forzoso que interviniese la confusion y el alboroto, en medio del cual previno gente que robasen al bárbaro mozo Antonio y á la hermosa Auristela; y asimismo ordenó á Policarpa su hija, que conmovida de lástima cristiana avisase á Arnaldo y á Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrirles el robo, pero mostrándoles el modo de salvarse, que era que acudiesen á la marina, donde en el puerto hallarian una saetia que los acogiese. Llegóse la noche, y á las tres horas della comenzó el arma, que puso en confusion y alborotó á toda la gente de la ciudad: comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpa en su pecho tenia: acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los disinios de su traidor y enamorado padre, que se extendian á quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo cual Arnaldo y Periandro llamaron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre y hijo, á Ricla, á Constanza y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpa su aviso, se hicieron todos un monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembarazado hasta el puerto, y segura embarcacion en la saetia, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpa, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huída se embarcase, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Inglaterra, ó hasta otra parte mas léjos de aquella isla. Entre la confusa griteria y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrasease, hacia el mayor estrago, andaba encubierto Policarpa, mirando si salia cierto el robo de Auristela, y asimismo solicitaba el de Antonio la hechicera Cenotia; pero viendo que se habian embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia, y el alma se lo pronosticaba, acudió á mandar que todos los baluartes y todos los navios que estaban en el puerto disparasen la artillería contra el navio de los que en él huían, con lo cual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los ánimos de todos los moradores de la ciudad, que no sabian qué enemigos los asaltaban, ó qué intempestivos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus piés y su esperanza en su inocencia, y con pasos desconcertados y temerosos se subió á una alta torre de palacio, á su parecer parte segura del fuego, que lo demas del palacio iba consumiendo: acertó á encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huída de sus huéspedes, cuyas nuevas quitaron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecía en esto el alba risueña para todos los que con

ella esperaban descubrir la causa ó causas de la presente calamidad; y en el pecho de Policarpa anochece la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse: mordíase las manos Cenotia, y maldecia su engañadora ciencia y las promesas de sus malditos maestros; sola Sinforosa se estaba aun en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podía, para hacerla volver en su acuerdo; volvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetia donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte della, y como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Enéas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas á la tierra y voces al aire, dijo estas ó otras semejantes razones: ¡Oh hermoso huésped, venido por mi mal á estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa, que me dijese palabras amorosas para engañarme! amaina esas velas, ó témpalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navio, cuya vista, solo por que vas en él, me consuela: mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca, y das muestras de que aborreces á quien te adora: hija soy de un rey, y me contento con ser esclava tuya; y si no tengo hermosura que pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene: no repares en que se abrase toda esta ciudad, que si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu vuelta: riquezas tengo, acelerado fugitivo mio, y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para tí solo. A esta sazón volvió á hablar con su hermana, y le dijo: ¿No te parece, hermana mia, que ha amainado algun tanto las velas? No te parece que no camina tanto? ¡Ay Dios, si se habrá arrepentido! Ay Dios, si la rémora de mi voluntad le detiene el navio! Ay hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos; el navio vuela, sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre, tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria: los hombres que tomaron á su cargo encender el fuego de palacio, le tuvieron tambien de apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su rey Policarpa, y los embustes y consejos de la hechicera Cenotia; y aquel mismo día le depusieron del reino, y colgaron á Cenotia de una entena. Sinforosa y Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuvieron fué tal, que correspondió á sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcanzase el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas: los del navio, viéndose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso: dellos supieron otra vez los traidores disinios de Policarpa; pero no les parecieron tan traidores, que no hallase en ellos disculpa el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que cuando ocupa á un alma la pasion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni razon que no atropelle.

Haciales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo: llevaban la mira de su viaje

puesta en Inglaterra, adonde pensaban tomar el disinio que mas les conviniese, y con tanto sosiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo, ni miedo de ningun suceso adverso: tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias sopló próspero el viento, hasta que al cuarto, al poner del sol, se comenzó á turbar el viento y á desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó á turbar á los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que cuando les apretaba este temor descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fué conocida, y dijeron que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se alegraron; porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navios: tales en fin, que pudieran servir de abrigados puertos; dijeron tambien, que en una de las ermitas servia de ermitaño un caballero principal, francés, llamado Renato; y en la otra ermita servia de ermitaño una señora francesa, llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se hubiese visto. El deseo de saberla y el de repararse de la tormenta, si viniese, hizo á todos que encaminasen allá la proa: lízose así con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo, sin que nadie se lo impidiese: y estando informado Arnaldo de que en la isla no habia otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento á Auristela y á Transila, que fatigadas del mar venían, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandó echar el esquite al agua, y que saliesen todos á tierra á pasar la noche en sosiego, libres de los vaivenes del mar; y aunque se hizo así, fué parecer del bárbaro Antonio, que él y su hijo, y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navio guardándole, pues la fe de sus marineros, poco experimentada, no les debia asegurar de modo que se fiasen dellos; y en efecto, los que se quedaron en el navio fueron los dos Antonios, padre y hijo, con todos los marineros; que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves; mejor les huele la pez, la brea y la resina de sus navios, que á la demas gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se repararon del viento, y á la claridad de mucha lumbre, que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frio; y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, pasaron la desta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causó con volver por ruego de Transila á proseguir su historia, que puesto que él lo rehusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándoles Auristela, la ocasion y el tiempo, la hubo de proseguir en esta forma.

CAPITULO XIX.

Del buen acogimiento que hallaron en la isla de las Ermitas.

Si es verdad, como lo es, ser dulcisima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mí agora contar mis trabajos en este sosiego: que puesto que no puedo decir que estoy libre dellos todavía, segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser

condicion de la humana suerte, que cuando los bienes comienzan á crecer, parece que unos se van llamando á otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen: que cuando en el extremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal á mal, sino de mal á bien, y de bien á mas bien, y este en que estoy teniendo á mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte á desearme; y así con este dichoso pensamiento digo, que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que habian hecho de mi hermana y de las dos recién desposadas pescadoras, y de Cloelia, al príncipe Arnaldo, que aquí está presente.

En tanto que los míos andaban escudriñando y tanteando los bastimentos que habia en el empedrado navio, á deshora y de improviso de la parte de tierra descubrimos que sobre los hielos caminaba un escuadron de armada gente, de mas de cuatro mil personas formado: dejónos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas, mas por muestra de ser hombres, que con pensamientos de defenderse: caminaban sobre solo un pié, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelian y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resbalar otra gran pieza de camino, y desta suerte en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes; y uno dellos, que como despues supe, era el capitán de todos, llegándose cerca de nuestro navio, á trecho que pudo ser oido, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba sobre el brazo, en lengua polaca, con voz clara dijo: Cratilo, rey de Lituania y señor destos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar dellos los navios que del hielo están detenidos, á lo ménos la gente y la mercancía que tuvieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya: si vosotros gustáredes de aceptar este partido sin defenderos, gozaréis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no, aparejáos á defenderos de nuestras armas de continuo vencedoras. Contentóme la brevedad y la resolucion del que nos hablaba. Respondíle que me dejase tomar parecer con nosotros mismos, y fué el que mis pescadores me dieron, decir que el fin de todos los males, y el mayor dellos era el acabar la vida, la cual se habia de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia; y que pues en los partidos que nos ofrecian no intervenia ninguna, y del perder la vida estábamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, sería bien rendirnos, y dar lugar á la mala fortuna que entónces nos perseguia, pues podria ser que nos guardase para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta di al capitán del escuadron, y al punto, mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetieron al navio, y en un instante le desbalijaron todo, y trasladaron cuanto en él habia, hasta la misma artillería y jarcias, á unos cueros de bueyes que sobre el hielo tendieron, y liándolos por encima, aseguraron poderlos llevar, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna: ro-